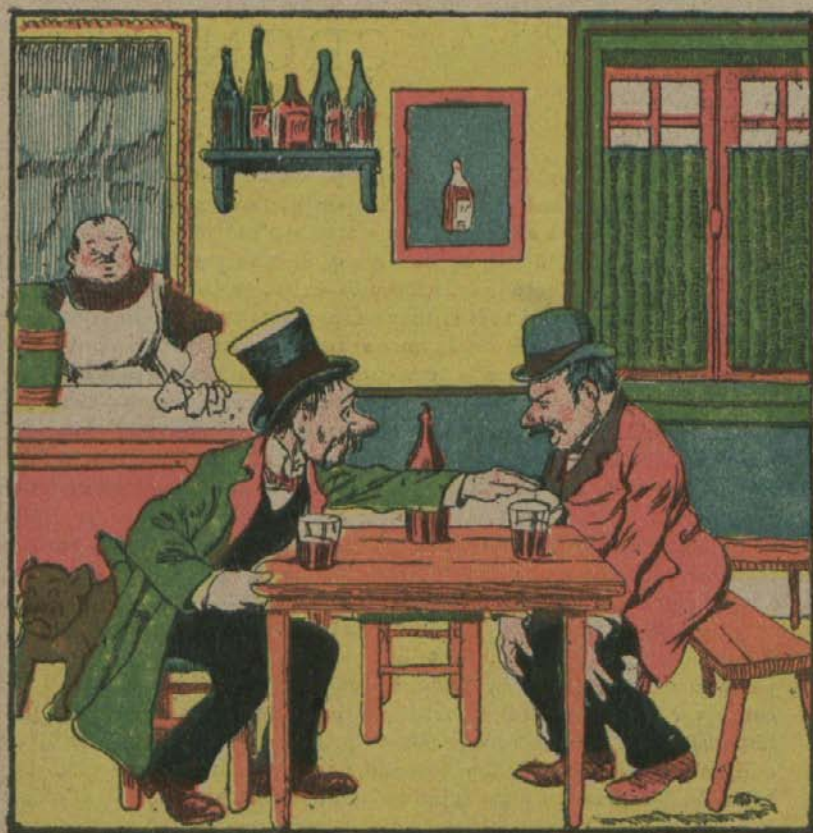




—Conque usted me trata de microbio inofensivo!
 —Y yo a usted de átomo insulso.
 —Pues amigo, se gana usted un desafío.
 —¿Con efusión de sangre?
 —No señor, con efusión de vino.



CRÓNICA

Perdura todavía, cálida y vibrante en el ánimo, la visión deslumbrante y confortadora á un tiempo de la jura de la bandera celebrada ya en la mayor parte de provincias, con la severa solemnidad que acto tan patriótico requiere. No es la fiesta de una clase, de una región, de un hecho accidentado ó de fortuito éxito, es la fiesta de todos, porque á todos interesa por igual; por eso lo mismo en la capital de la monarquía que en la más modesta plaza, el día señalado para la jura constituye un acontecimiento que todas las clases sociales celebran por igual, y es singular que después de días lluviosos y desapacibles amanezca casi siempre el señalado para tan hermoso acto, con esplendores primaverales, sin que la más ligera nubecilla empañe la purísima tersura de un cielo completamente azul.

Si siempre se ha presenciado con simpatía el acto de la jura por los reclutas, este año ha revestido importancia excepcional: se ha unido á lo atractivo de la fiesta, el interés de la novedad.

¿Por qué ese anhelo para asistir á la misa de campaña y presenciar luego el desfile? ¿Por lo brillante del conjunto? ¿Por lo vistoso de la perspectiva? No, algo más hondo, ha sido el móvil; algo más digno de conmover al unísono el espíritu de las colectividades, es lo que impulsa el palpitante interés. Es el primer año del servicio militar obligatorio, el primero que desaparezca una odiosa excepción los hijos de los grandes y los hijos de los menesterosos, los que al nacer han recibido el beso de la suerte ó el zarpazo de las desdichas, visten el honroso uniforme de soldados de la Patria y juntos, al besar la

sacrosanta enseña juran á Dios y prometen al Rey defenderla hasta perder la vida, si es preciso.

No importa señalar regiones: donde quiera que hayan jurado los nuevos reclutas, se ha visto luego en el desfile junto al mozo de tez curtida por el aire del campo, al estudiante que ha dejado las aulas; al lado del obrero que ha dejado el taller ó la fábrica, al joven salido de comercios, bancos ó casas de crédito, los ha juntado el cumplimiento del más sagrado de los deberes, cuando mañana se separen, en vez de recelos y desconfianzas de clases, les unirá á todos cordial y verdadera fraternidad, porque jamás darán al olvido los días pasados entre los que fueron sus compañeros de armas.

Para los niños habrá sido también, la jura del presente año, más grata que en años anteriores; la visión de que sólo los pobres iban al servicio se ha borrado de su pura imaginación con todas sus negruras y dejos de injusticia, ya no serán sólo los desheredados los que tengan que ir al servicio, irán con ellos los privilegiados de la suerte, y cumplirán una misma ordenanza, vestirán idéntico uniforme, y la sombra sagrada de una misma bandera, juntos marcharán por la senda del deber y del honor.

PACHIN



Que delicia es el regar
con mi cubo tantas flores,
para recibir en cambio
tantas fragantes olores.

LA SALVACIÓN DE PERICO



Patinaban sobre el hielo
cuando de pronto un hoyuelo,



de los chicos el más listo,
hace caer imprevisto.



Y ohilla, chilla el pobrete,
temiendo quedar sorbete;



cuando le ocurre á Pascual
una idea colosal.



Atados por la cintura
se lanzan á la ventura.



Y con la cuerda que ataron,
á Periquito salvaron.



—Gatito, no das pie con bola.
—Pie no, pero pata sí.

ANÉCDOTAS

Un rico coleccionista extranjero encargó á un afamado pintor una colección de cuadros representando costumbres de diversos países. Después de haber recibido varios cuadros de los que quedó muy satisfecho el artista, le presentó uno que representaba un hombre en camisa con una pieza de género debajo de ambos brazos y unas tijeras en la mano.

—¿Qué significa este asunto?— preguntó con desagrado el coleccionista.

—Es un asunto francés;—contestó el pintor,—como los franceses cambian de moda tan fácilmente, le he pintado un hombre provisto de la suficiente tela y tijeras, para que se corte los trajes á su gusto.

El aficionado celebró la ocurrencia y se quedó con el cuadro.

—Mi hija tiene la mala costumbre de contestarme cuantas veces la reprendo; no sé como quitarle tan feo vicio,—decía la madre de Amelia.

—Muy fácilmente,—contestó su tío,—no tienes más que mandarla á una oficina de teléfonos para que deje de contestar con oportunidad.

—=—

—Si comes buenos platos de sopa y tomas el reconstituyente serás fuerte y robusto como yo,—decía una vieja sirvienta á Pedrito.

El chico echó á correr negándose á tomar ambas cosas.

—¿Por qué huyes cariño?—gritó la pobre mujer.

—Por no volverme como tú,—contestó lloriqueando el niño.

ESMERALDA

(MONÓLOGO DE UN "BEBÉ")

Como ha sido tan breve mi existencia, aún cuando mi memoria no sea un prodigio, recuerdo perfectamente mis cortas aventuras. Hace muy poco tiempo que vi la primera luz; un año escasamente. Los bebés no acostumbramos disfrutar de muy dilatada vida; somos muy



frágiles y además solemos ir á manos que de tanto que nos quieren, nos destrazan; pero... vamos á mis aventuras. Hallábame en un mundo tranquilo é ignorado, cuando un día el repentino golpear de un martillo en la capa superior de mi encierro, me advirtió que era llegada mi hora de entrar en vida. Sentí que me levantaban á lo alto y súbitamente percibí la luz; acababan de sacarme de la caja que me contenía y fui abandonada entre papeles y virtutas en desordenado montón. Luego un hombre me tomó entre sus manos, desempolvó mi traje de raso verde y en seguida me instaló en ancho y lujoso escaparate, que era un verdadero palacio de cristal. ¡Lo que allí había!, potiches de cristal de roca, panderetas, abanicos,

juguetes, estuches, brazaletes; el más completo surtido de baratijas artísticamente combinadas. El sitio preferente estaba reservado á los bebés tan remonísimos que á todas horas teníamos suspendidos de nuestras gracias á niñas y á mamás que rabiaban por llevarnos; pero nosotros no podíamos ir con todo el mundo; menos de ochenta pesetas no salía ninguno de nosotros del escaparate, y ya se ve que á ese precio muy pocos nos podían llevar.

Como yo era de los más agraciados de mis camaradas, era también de los que más partido tenían, por eso á los pocos días de exhibición tuve el sentimiento de separarme de mis compañeros de escaparate para pasar al poder de una señora que me había comprado. Encerráronme otra vez en la fatídica caja, envolvieron ésta en un papel que tenía muchos muñecos dibujados, me tomó mi nueva dueña entre sus manos, salió del comercio, y llevándome con gran delicadeza, echó á andar.

No había pasado una hora cuando de nuevo percibí la luz, ¡Ay! qué alegría sentí al verla! ¡Qué contento tan grande percibí! Pasado aquel deslumbramiento, me fijé donde estaba y me encontré en un hermoso

salón. La dama que me había adquirido me arregló cuidadosamente las ropas y á su lado una niña me miraba con verdadera fascinación.

—¿Me la has comprado para mí?—preguntó á su mamá.

—Para tí,—le contestó;—pero si la rompes te prometo que no te compro otra.

—Que he de romper,—replicó la niña;—verás que bien la cuido.

Y arrebatandome con júbilo infantil de las manos de su mamá, me tomó entre las suyas echando á correr atolondradamente fuera del salón. ¡Qué de besos y caricias me prodigó! Me llamó con los nombres más dulces que pueden pronunciar los labios de un niño; me dijo que sería su *bebé* más querido, que no me rompería jamás. Los primeros días no los pasé del todo mal; mi amita apenas si se atrevía á tocarme, hasta que decidí bautizarme.

—¿Bautizarme? ¿Eso qué sera?—pensé entre mí;—¡Ay! que no tardé en saberlo! Me despojé de mi elegante traje, me quitó mi sombrero, y liándome entre finos pañales me llevó al jardín. Nos paramos delante de la cascada. En un banco inmediato vi tres ó cuatro muñecas que me miraban atónitas con sus ojos de cristal. Observé que todas estaban inválidas y este detalle me causó profunda impresión. La niña, sin embargo, reía como una loquilla atolondrada sin pizca de reflexión.

—Verás que nombre tan bonito te pondré,—me decía.—Y sin añadir palabra, colocó mi cabeza bajo uno de los caños de la cascada, y allí me tuvo largo rato obligándome á sufrir el más insufrible remojón. Al separarme, me dijo:

—Te llamas Esmeralda. ¿Qué tal si es bonito el nombre? Que no lo vayas á olvidar, porque si cuando te llamo no contestas, te pego, y así aprenderás á obedecer.

Yo me extremecí, pues adiviné que me iba muy de prisa. ¡En qué estado me dejé! Mi blonda cabellera chorreaba, mis rizos habían desaparecido, el color de mis mejillas empezaba á borrarse, y la humedad calándose por mis resortes me impedía todo movimiento. Para colmo



LA JARRA MISTERIOSA



—Pues es chico el agujero que le está usted haciendo a la jarra.
—Calla, muchacho, tú que sabes.



—¡Hola, don Roquel!
—¡Caramba, tío Francisco!



—La cosa tenía la mar de gracia, porque...
Lléname usted la jarra, D. Roque.



—Y entonces la madre, que era una mujer de primera, le contestó:
—Ya falta poco don Roque.



—¡Calle usted por todos los santos, tío Francisco!
—Ya falta poco, don Roque.



—No vuelvas la cabeza pa tras, que le he dao la perra gorda falsa.



Los primeros pasos son los dificultosos.

de desdichas, la vista del envoltorio que me afeaba, aumentaba extraordinariamente mi mal humor.

¡En qué pararía todo aquello! No tardé en saberlo.

Cuando después del bautizo regresamos á nuestra habitación nos encontramos con la mamá. Al verme en mi infeliz estado, reprendió fuertemente á la niña asegurándole que yo no tenía vida para cuatro días y que era el último *bebé* que le compraba. La niña se puso seria y al encontrarse sola conmigo me descargó alrados golpes asegurando que yo tenía la culpa de que la hubiesen reprendido.

Me tuvo algunos días olvidada. ¡Ojalá nunca jamás se hubiese vuelto á acordar de mí! pues, á los pocos días al hacer las paces, me dijo:

—¡Pobrecilla Esmeralda! ¡qué desgreñada estás! verás que bien te peino.

Tomó un ligero peine de marfil y empezó á peinarme, pero con tanta fuerza arremetió, que del primer tirón me dejó calva. Yo hice una mueca dolorosa; sin embargo, ella, lejos de inmutarse exclamó entre alegres risotadas:

—¡Jesús, que fea estás así!—Me arrojó en una butaca, y al dar contra una escultura del respaldo, me hice el primer chichón. Luego... luego mi vida fué un martirologio contrincado: un día me fracturó un brazo, otro día me estropeó los resortes, luego me dejó sin vestidos y, finalmente, me abandonó en el rincón de sus deshechos.

Aquí charlamos solites recordando nuestra breve vida; aquí echamos de menos nuestra vida de escaparate tan tranquila y brillante, conviniendo unánimemente en que la mayor desdicha de un juguete, es la de ir á parar en manos de un niño... rico, de estos infortunados niños que jamás han sentido el dulce anhelo de ambicionar algo que sea superior á sus aficiones. Eso es, lo difícil de conseguir.

ESTRELLA

VARIEDADES

En Hildesheim (Hanover) existe un famoso rosál que cuenta más de mil años de existencia, pues según la tradición fué plantado por el mismo Carlomagno. Todos los años se teme que se muera, pero lejos de ser así cada verano aumenta el número de sus rosas, cuyo color y calidad son inmejorables. Está plantado en la pared exterior de la cripta de la catedral de Hildesheim, teniendo diez metros de circunferencia, y extendiéndose sus ramas á once de altura.

—==—

La pesca de las perlas negras (infinitamente superiores á las blancas) ocupa gran número de brazos y de barcos en las costas de la Baja California. Los comerciantes proporcionan á los pescadores los barcos y los aparatos de buzo con la condición de que les vendan el producto de la pesca á precios convenidos de antemano. El valor de las que anualmente se pescan asciende á quinientos mil pesos.





Que bonito es un vuelo de golondrinas en pleno campo.

EL ESTABLO VACIO

Cuando Juanito abrió los ojos, despertado por el alegre rayo de sol que se colaba ventana adentro en la alcoba, se acordó de lo que había oído al pastor por la noche, y entrándole una gran angustia se tiró de la cama gruñendo contra la soñera... El, que se había propuesto madrugar mucho y levantarse con el alba para impedir que el capataz se saliera con la suya. ¡Ya no llegaba á tiempo! Pensaban llevarse las vacas al amanecer. Era una cosa cruelísima sacrificar así á los pobres animales, después de haber vivido tantos meses en la granja, y se necesitaba tener un corazón de bronce para mandarlas al matadero. Lo que no comprendía el niño, era como sus padres consentían semejante atrocidad siendo los años.

El niño concluyó de vestirse, salió del dormitorio, dió á su madre el beso de los buenos días, preguntó por su padre que se había marchado con las reses, y en seguida se escapó al corral y se metió en el establo queriendo convencerse por sí propio de la desgracia.

¡Dios mío! ¡Ya no cabía ni la más leve esperanza! ¡El establo

estaba vacío! Aun conservaba el ambiente, el olor sano y picante del ganado vacuno, y todavía alfombraban el empedrado de la cuadra calientes montones de estiércol; pero en la caballeriza no se oía como otras veces, sordas patadas ni estruendosos mugidos, ni entre las tablas de los pesebres se distinguían aquellas noblotas cabezas coronadas de cuernos de otros días felices. Todo se hallaba solitario y sombrío. Aquí en un rincón, permanecía el caldero de ordeñar; allí sobre el marco de la ventana descansaba, mudo, un cencerro; allá colgado de un clavo en la pared pendía un rollo de recias sogas. ¡Que desolación de morada! En el acto le asaltó al muchachito un tropel de remembranzas: se acordó de la *Roja*, de la *Pintada*, de la *Jabonera*, á la que regalaba pan de su merienda; de la *Negra*, que tuvo dos chotos tan lindos; de la *Nevada*, tan mansa que siempre se dejaba ordeñar por él; ¡de todas!... Avínole



Pero mucho más el vuelo de sus sombreros en pleno viento.

á la memoria que en aquel mismo momento iban camino de la carretera en derechura al matadero de la ciudad, y quizá hubiese obtenido de su padre el indulto de las reses. ¡Hubiera llorado! ¡Se lo hubiese pedido de rodillas! Y nundiéndose poco á poco en sus amargos pensamientos se le escaparon lás lágrimas, se sentó en un poyo del establo y allí estuvo largo rato llorando en silencio.

Pasado un rato se levantó más sereno, enjugóse los enrojecidos párpados, se marchó á la fuente, lavóse en el pilón para borrar las huellas de su pena y tornó á subir á las habitaciones de arriba de la granja donde esperaba hallar á su madre como la halló cosiendo.

Cuando su madre salió de la habitación, le hurtó una tira de paño negro, una larguísima hebra de hilo y una aguja, corriendo después á encerrarse en su alcoba con semejantes enseres.

Aquella tarde la madre de Juanito mandó enganchar la jardinera y se dispuso á trasladarse con él á la ciudad para reunirse allí con su marido.

Juanito que se vestía solo como un hombrecito, se acomodó por sí propio su ropa de fiesta, y cuando estuvo arreglado y con el sombrero puesto, buscó á su madre y le dijo sencillamente:

—¿Nos vamos, mamá?...

La madre no contestó y se quedó muda, absorta, llena de asombro mirando el sombrero hongo de fieltro blanco de su hijo, cuya copa hallábase rodeada por ancha tira de paño negro toscamente puesta. Al cabo de un rato pasada su sorpresa, sin dar crédito á lo que veía, preguntó la pobre señora con acento algo bur-lón y chancero:

—¿Por quién vas de luto, Juan?

Y el niño poniéndose muy grave, contestó lentamente y con triste entonación:

—¡Por las vacas!...

ALFONSO PÉREZ NIEVA

LOS CARACOLES

(FÁBULA)

Dos caracoles un día
tuvieron fuerte quimera,
sobre quien mayor carrera
en menos tiempo daría.

Una rana les decía:

—Yo he llegado á sospechar
que sois ambos, á la par,
algo duros de mover;
antes de echar á correr,
mirad si podeis andar.

ENSEÑANZAS

Seis cosas Dios aborrece
y otra séptima abomina:
Ojos soberbios ó erguidos,
lengua que dice mentira,
mano que sangre derrama,
corazón que vil maquina,
pies que al mal corren ligeros,
hombre que falso atestigua,
y al que entre hermano promueve
la discordia y las rencillas.

JOSÉ VILÁ OLIVÉ



PASATIEMPOS

FRASE HECHA



COLMOS

El de un comerciante.—Tirar una letra á un banco... de arena.

El de una modista.—Coser con una aguja del... ferrocarril.

JAIME LLAVERÍA

CHARADA

Puesta la prima y segunda se va á segunda y tercera, y es fácil adivinar que el todo lo dá una piedra.

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIÓN á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Asno.

Jeroglífico comprimido.—De tejas arriba.

Charada ilustrada.—Escaparate.

REGALOS

DEL "CORREO DE LOS NIÑOS"

1.º *Un precioso reloj de oro de 18 quilates guarnecido de diamantes, marca áncora, de 14 rubíes.*

2.º *Un marco dorado con relieves á modo de importante mérito y el retrato del favorecido, tamaño natural.*

3.º *Un magnífico juguete, ó un objeto de arte á elegir, y además 500 PREMIOS en noveltades y otras obras infantiles á quien se haga merecedor de ello por el mérito de sus originales, ya sea en dibujos, artículos, versos, etc.*

La sección de correspondencia se publicará cada dos números.

CORRESPONDENCIA

Peñalver. Para que se publiquen sus jeroglíficos es necesario que los remita usted con tinta china.—F. Nicorinin. Publicaremos su rompe-cabezas.—Juan Bages. Irá su anécdota.—Alfredo Hurtado Bien la charada y el acertijo.—Antonio Peñalver Paxés. Conformes en cumplir su deseo, irá su adivinanza.—José Antonio Noguera. Su charada y acertijo muy bonitos, los publicaremos.—Manuel Losa Tamays. Irán á la mayor brevedad acertijo y charada.—Juan Rovira Roira. Los cuentos tienen que ser humorísticos.—José Joaquín Arzadura. Los dibujos con tinta china.—Paquito Baeza Lopez. Se publicará.—S. Monsalve. Se publicará cuando haya espacio.—Pablo Díaz Publicables, su jeroglífico y acertijo. Las aventuras son demasiado largas.—Julio García. Las soluciones bien. Para recibir los billetes es preciso mandar las soluciones exactas de los seis primeros números.

SOLUCIONES del número 2.—José Miguel (Igualada).—Joaquín Martí (Igualada).—José Serra (Igualada).—Bartolomé Torme (Igualada).

Para la correspondencia al director de Correo de los Niños, Apartado, 88

LAS DESDICHAS DE UNA DOMÉSTICA



Tiene D. Faustino un mono que parece de buen tono.



Viendo á Elvira con peluca se la quita de la nueca.



Tranquila va y placentera Elvira con la sopera.



Pero el mono endiablado de la falda le ha tirado.



Tal topetazo le dió que la sopera rompió.



Y le amenaza á su vez si vuelve hacerlo otra vez.



Pero el mono con destreza mete el cazo en su cabeza.



Y se rie con frescura al verla hecha una basura.



Se va el señor con guapeza encargando la limpieza.



Pero el mono empedernido en una olla la ha metido.



Media ciega alarga el brazo para darle un escobazo.



Pero D. Fausto llegó y al punto la despidió